

“En octubre de 1808 habían llegado a nuestro país decenas de miles de soldados franceses, y con ellos los más destacados generales y mariscales del Imperio”.

Emilio de Diego

“Napoleón en Chamartín”

El Presidente del Casino, Mariano Turiel de Castro, manifestó en sus palabras iniciales su agradecimiento a todos los asistentes por su presencia pues “son ustedes el alma de los actos. El día que dejen de acudir a nuestras convocatorias, no lo quiera Dios, ya no tendrá sentido organizar nada”. También aprovechó para agradecer la generosidad de la Fundación Dos de Mayo, por seguir obsequiando a todos los asistentes al Ciclo con el libro “Las tres miradas sobre 1808”. Seguidamente tras los saludos a los integrantes de la Tribuna, cedió la palabra al Coordinador del Ciclo, Alfredo Alvar, para que realizara la presentación del conferenciante.

Alvar quiso antes hacer partícipe al público asistente de una buena nueva: “quiero mostrar mi júbilo porque le acaban de conceder al profesor García de Cortázar el Premio Nacional de Historia de España por sus tareas como divulgador de la historia y que casualmente ha sido después de dar una conferencia en el Casino, que no digo yo que ése haya sido el motivo ...pero... así ha sido”, dijo con humor, en relación al anterior conferenciante del mismo ciclo.

Alvar destacó de Emilio de Diego, algunos de los aspectos de su trayectoria profesional: los inicios de su carrera docente en la Universidad de León, también el que fue profesor en la Escuela de Informática y en la actualidad, profesor en la Universidad Complutense y Doctor en Derecho por la misma. Posee además obras de investigación, de síntesis, participaciones en obras colectivas, monografías, biografías, artículos, ponencias de congresos...

Emilio de Diego es, además, miembro de la Real Academia de Doctores de España y en su haber cuenta con numerosos premios y distinciones. En estas páginas le ofrecemos una reseña de la conferencia que pronunció en el Casino bajo el título “Napoleón en Chamartín”, y que el propio autor ha tenido la amabilidad de realizar para la Revista.

En ella nos muestra el panorama histórico del momento, los antecedentes que provocaron la situación así como las consecuencias: “La crisis política que atravesaba la monarquía española, entre el otoño de 1807 y la primavera de 1808, enmarcada por la invasión de las tropas francesas, acabaría dando lugar a una guerra inesperada y de enormes



dimensiones. La insurrección iniciada en Madrid, el 2 de mayo de 1808, y extendida por gran parte del país, plantearía a Napoleón, tras la victoria española en Bailén, en julio de ese año, un desafío que no había previsto. Obligado José I a retirarse de la capital de España, el Emperador decidió intervenir personalmente en los asuntos de la Península. A tal fin debió reafirmar la paz con Rusia (Tratado de Erfurt) para poder trasladar a nuestro país las tropas que le eran necesarias de cara a obtener sus dos grandes objetivos: restablecer a su hermano en la Corte de Madrid y plantar sus águilas en los fuertes de Lisboa, tras expulsar a los ingleses.

En octubre de 1808 habían llegado a nuestro país decenas de miles de soldados franceses, muchas de las mejores unidades de la Grande Armée, y con ellos los más destacados generales y mariscales del Imperio (Soul, Víctor, Lannes, Ney, Bessiers, ...). Este trasvase de efectivos militares obligó a Napoleón a reconocer las aspiraciones del zar Alejandro sobre Moldavia, Valaquia, Finlandia, ... e incluso a realizar algunas concesiones a Prusia. Pero, además del desgaste, en términos humanos y logísticos, que supuso aquel desplazamiento, se puso en evidencia que Francia no podría mantener un conflicto en dos frentes, a miles de kilómetros uno de otro, con la superioridad con la cual había venido actuando hasta entonces.

CICLO DE CONFERENCIAS
"1808: LA TRAGEDIA"

El Emperador llegó a Bayona el 3 de noviembre y en la noche del 5 al 6 estaba ya en Vitoria, para ponerse al frente de la masa de maniobra de los 240.000 hombres que había concentrado en España. Nuestros Ejércitos se hallaban dispuestos en una especie de semicírculo cuyo extremo izquierdo (al N-NO del eje Irún-Madrid) se situaba al norte de la provincia de Burgos, limitando con Santander, bajo el mando de Blake. En el centro, próximo a la capital burgalesa, el Ejército de Extremadura cuyo jefe era el Conde de Belveder y, a la derecha, en la ribera del Ebro, el Ejército mandado por Castaños. En menos de dos semanas Napoleón desarticuló el dispositivo español. El 10 de noviembre, Bessiers derrotaba a Belveder en Gamonal y la capital burgalesa caía en manos napoleónicas. Al día siguiente se consumaba la derrota de Blake en Espinosa de los Monteros, a manos de Víctor. El 23 las fuerzas de Lannes aplastaban a los hombres de Castaños. En el camino hacia Madrid no quedaba más obstáculo que Somosierra. Esta última dificultad fue superada, el 30 de noviembre, tras la épica carga de la caballería polaca, que propició la desbandada de las nuestras tropas que mandaba el general San Juan.

La capital española aguardaba, entre el miedo y la desesperación, la llegada de Napoleón, el brazo "izquierdo del destino", "el baratero de Europa", como se le motejaba con desprecio; "el destronador de los Borbones", "el fabricante de reinos nuevos", que tenía "sofocada a Inglaterra, suspensa a Rusia, abatida a Prusia, amedrentada a Austria y oprimida a Italia". El 1 de diciembre de 1808, tarde y sin medios, se constituyó una Junta Permanente de Defensa con el Marqués de Castelar y Don Tomás de Morla, entre sus principales miembros. Con sus escasas obras de defensa y sus débiles murallas Madrid era una ciudad difícil de defender, la escasez de armas y municiones agravaba la situación. Las solemnes declaraciones de fervor "patriótico" invocando el espíritu de Sagunto, Numancia, Zaragoza, Gerona, ... apenas servían para cubrir el temor de la mayoría.

El 2 de diciembre Bessiers, al frente de la caballería del Ejército imperial, marchó desde Alcobendas hasta las proximidades de Madrid y exigió la rendición. La respuesta fue una declaración de defensa a ultranza, en medio de la exaltación popular, que se traducía en el toque a rebato de las campanas de todas las iglesias y la interpretación de "la Generala" por las bandas militares. Ese mismo día Napoleón llegaba a Chamartín, era el aniversario



de su coronación como Emperador (1804) y de su gran victoria en Austerlitz (1805). Los madrileños con el auxilio de unos 4.000 soldados resistieron los primeros intentos de los franceses, efectuados en la zona que iba desde los Pozos de la nieve hasta el Conde Duque. Pero en la noche del 2 al 3 de diciembre continuaron llegando tropas francesas a las proximidades de Madrid (Villatte se situó frente al Retiro; Ruffin, de Recoletos a Santa Bárbara; la artillería de Sénarmont bombardeó las calles de Atocha, Carrera de San Jerónimo y otras de las que subían hacia la puerta del Sol). Después de una nueva intimación, que no fue contestada, Napoleón amenazó con destruir la ciudad completamente. A las dos de la tarde del 3 de diciembre se alzó la primera bandera blanca en la torre de la iglesia de Santa Cruz. En la noche del 3 al 4, los responsables de la defensa convencieron a los más exaltados de que era imposible continuar la resistencia. En la madrugada del 4, Morla, acompañado de Don Fernando de Vera y Pantoja, se trasladó al campamento de Napoleón que aceptó la rendición. Hacía medio día el general Belliard entró en Madrid.

El Emperador se comprometía a conservar la religión católica (sin tolerar ninguna otra) y a garantizar la seguridad, la vida y las propiedades de los habitantes de Madrid, salvo de algunos proscritos como el Duque del Infantado, el de Híjar, el de Osuna, el príncipe de Castelfranco, el Marqués de Santa Cruz, el Conde de Altamira, ..., que después de jurar fidelidad a José I le habían abandonado. Igualmente Napoleón aceptaba no imponer contribuciones extraordinarias hasta la reorganización del reino. Tiempo en el que se mantendrían las leyes del país. La guarnición entregaría las armas, igual que los paisanos. Los primeros serían prisioneros de guerra y los segundos quedarían en sus casas. Inmediatamente comenzó la limpieza de barrios y calles, la eliminación de barricadas, la restauración del empedrado, el relleno de zanjas, etc. Las tropas francesas se comportaron correctamente".

"El Emperador se comprometía a conservar la religión católica y a garantizar la seguridad, la vida y las propiedades de los habitantes de Madrid".